

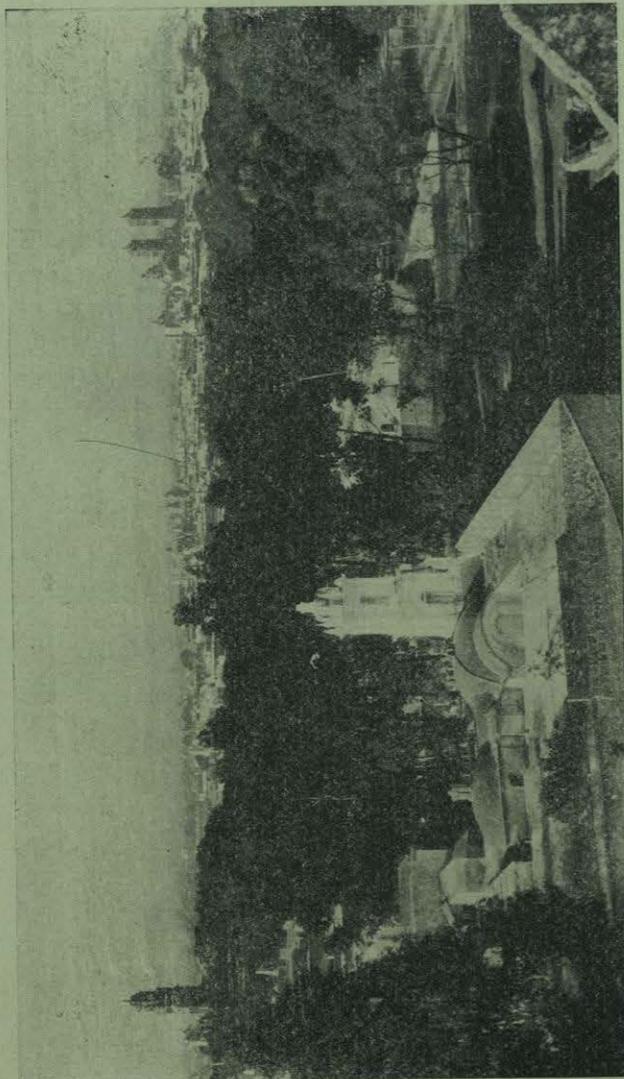
## CAPITULO XXI.

Sitio de Puebla.

Día tras día los habitantes de la ciudad sitiada, amenazados ya muy de cerca por el hambre, podían ver los convoyes cargados de municiones de guerra y víveres descender por los montes del lado este, cerca del pueblo de Totimehuacan y pasar hacia el oeste al monte de San Juan. Estaban fuera del alcance de sus cañones, para el caso que hubieran tenido suficiente pólvora que desperdiciar en ellos. Ojos hambrientos miraban hacia ese rumbo y las imaginaciones se pintaban á Comonfort, abriéndose paso para lograr la introducción de iguales provisiones á Puebla. Pero Comonfort nunca llegó. Y entre tanto los oficiales mexicanos contaban el convoy francés. Constaba de noventa y cuatro carros. Y algunos de los oficiales pensaban, porqué la ciudad de Zaragoza no había sido llenada con toda clase de provisiones de guerra, durante los diez meses que habían transcurrido desde la batalla del Cinco de Mayo hasta la vuelta de los franceses á poner sitio á Puebla por segunda vez!

Cuando se acercaba el final del sitio, se vieron llegar más convoyes con víveres y municiones al campamento de los franceses. Algunos llegaban al valle por el mismo camino que los anteriores, mientras que otros llegaban por el camino del monte de Tepezuchil, y otros aún, por el viejo camino de Puebla que pasa por el monte de Amalucan.

Tan numerosos habían sido los carros que habían llegado al campamento francés, que ya habían los sitiados perdido la cuenta de ellos. Pero los hombres que hacían la guardia continuaban contemplándolos y las conversaciones en la ciudad, especialmente entre los soldados, giraba sobre los preparativos que estaban haciendo los franceses para rendir la pla-



VISTA PANORÁMICA DE PUEBLA.

za por hambre. Y la medio hambrienta guarnición entraba en gran inquietud; pues todos habían comprendido que la situación era insostenible, y que la rendición debía de venir tarde ó temprano; pues poco á poco se había ido sabiendo la magnitud de la derrota de Comonfort; y aunque los últimos informes mostraban que no había sido hasta el extremo en que la representaba el comandante francés, sin embargo, era evidente que ningún auxilio podía ya esperarse de fuera; pues el mismo Comonfort había quedado reducido á una situación poco menos que la de fugitivo.

Este desasociado en el ejército no era sino el reflejo de la inquietud que prevalecía por toda la ciudad. El ambiente estaba lleno de noticias de toda naturaleza, y cada movimiento de las tropas era vigilado con el mayor interés y comentado de cien distintos modos. Fué esparcido el rumor de que no había pólvora en los almacenes del ejército, y que sabiendo esto los franceses, habían decidido asaltar la indefensa ciudad y poner á degüello á todos los habitantes: soldados y civiles, mujeres y niños. Había algunos que abogaban porque se intentara romper las líneas francesas y escapar al peligro que los amenazaba. Aún entre los oficiales había algunos que eran de esta opinión, no por el temor que llenaba la mente del populacho, sino como el mejor medio de salvar el honor nacional. Pero prevalecieron las opiniones más prudentes. Se hizo observar que los franceses habían dispuesto de dos meses para arreglar sus fortificaciones y trincheras, y que tenían la ciudad tan completamente en su poder, como si estuvieran ya en el centro mismo de ella. Además, la mayor parte de los animales que debían de haber servido para arrastrar los cañones y demás carros de guerra, habían sido ó beneficiados para el consumo ó matados por las balas del enemigo, ó muertos por enfermedades, y los pocos que quedaban estaban tan débiles que eran del todo inútiles. Los soldados también estaban demasiado fatigados con los penosos trabajos de tan largo



GENERAL MIGUEL NEGRETE.

sitio: debilitados ya por heridas, enfermedades, alimentación insuficiente y continuos desvelos por que habían pasado. Era imposible abandonar la ciudad llevándose á las mujeres y á los niños, los enfermos y los inválidos; y era también imposible dejarlos detrás. Pero sobre todo, el romper las líneas francesas significaba una batalla terrible, y aún en el caso que el ejército mexicano hubiera estado en condiciones para emprender con esperanzas de éxito semejante empresa, no quedaba ya suficiente pólvora en los almacenes para sostener un combate de una hora de duración.

Una semana antes del último día del sitio, la escasez de alimento había comenzado á hacerse sentir de tal modo entre los no-combatientes, que un grito general se oía por toda la ciudad pidiendo víveres. Las panaderías y otros centros de distribución se mantenían constantemente sitiados por masas de gente hambrienta, cuyas necesidades era imposible satisfacer y casi ni aún aliviar. Por fin, las mujeres y los niños y algunos ancianos incapaces, determinaron salir de la ciudad; y con este objeto se reunieron todos entre las doce del día y las tres de la tarde del día 12 de Mayo en el campo de Chalchalaca, detrás de los molinos del Carmen, al sur de la ciudad; y después de haber discutido la cuestión de abandonar la misma á las tres de la tarde se pusieron en camino hacia el campo enemigo, enarbolando en palos lienzos blancos que al efecto habían traído consigo. He aquí cómo describe un testigo presencial la escena que siguió:

“He presenciado hoy una escena muy penosa, que no sé cómo ha permitido el cuartel general que se prolongue por tanto tiempo. Es el caso que multitud de mujeres y niños de la población con algunos hombres conducidos por no sé quiénes (aunque algunos dicen por los sacerdotes), y llevando banderas blancas, han tratado de salir pasando por las líneas enemigas del Sur, huyendo del hambre.

“Luego que los franceses vieron esa masa que se

les acercaba, rompieron el fuego sobre ella, que retrocedió espantada y en el mayor desorden, dejando mucha gente por tierra, no creo que herida, pues se levantó pronto. Corrieron hasta el llano; allí se reunieron de nuevo y volvieron á emprender su salida. El enemigo les tiraba cañonazos, pero como no se veía que las granadas reventaran entre aquella gente, es creíble que tiraban con sólo pólvora ó elevaban sus punterías.

“La porfía de tanta desgraciada gente se repitió una tercera vez y ha durado más de dos horas.

“Convencidas de que no podían salir, han vuelto á la ciudad á las cinco y media, recorriendo una parte de las calles del centro y oriente en grupos más ó menos numerosos, gritando, llorando y pidiendo qué comer, y se cuenta que un grupo fué á ver al General en Jefe ¡Pobrecitas! ¿Por qué no se salieron antes de comenzar el sitio, cuando el General en Jefe mandó salir á las bocas inútiles? No hay duda que se parte el corazón al ver tanto sufrimiento, pero ellas, ó más bien, sus hombres, tienen la culpa, y los franceses hacen bien en no dejarles salir.”

El día 15 de Mayo, el General Ortega, comandante de las fuerzas en Puebla, reunió en consejo á los oficiales superiores para discutir la situación. Estuvieron presentes los Generales Mendoza, Paz, Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre, Llave y Mejía; siéndoles á los otros imposible dejar sus respectivos puestos.

En esta reunión se decidió unánimemente que no quedaba otra cosa que hacer que rendirse en las condiciones más favorables que se pudieran obtener, y se comisionó al General Mendoza para que pasara con el comandante en jefe del ejército francés y procurara obtener de éste permiso para que la guarnición marchara de la ciudad con todos los honores de la guerra. Mas Forey, sabiendo lo angustiosa que era la situación de los sitiados, rehusó conceder esto; manifestando que había luchado contra la ciudad de Puebla durante dos largos meses, y que se pro-

ponía no perder ninguna de las ventajas que había ganado, y menos permitir á la guarnición de la plaza evacuar con todos los honores y materiales de guerra é ir á atrincherarse en la capital del país, donde tendría que luchar otra vez contra ellos, en una posición aún más fuerte y defendida, y que había tenido tiempo para acopiar toda clase de víveres, y que además, sabía estaba bien provista de municiones de guerra. Permitiría á la guarnición marchar con todos los honores de la guerra, siempre que dejaran detrás todo su armamento y el de las fortificaciones, y que todos y cada uno dieran su palabra de honor de no servir otra vez en la guerra, inter estuvieran pendientes las diferencias entre el gobierno francés y el de Benito Juárez.

Esta condición la rechazó el General Mendoza, manifestando que el General González Ortega tenía la determinación de destruir todos los instrumentos y municiones de guerra en su posesión, despedir su ejército y entregar la ciudad á los sitiadores.

A esto Forey respondió, que podía tener la seguridad el General Ortega que, si deseaba rendirse, se le concederían á la guarnición todos los honores y garantías debidas; pero que en caso que no se rindiera bajo esas condiciones, y ordenara la destrucción de los materiales de guerra de la ciudad, entonces ninguna garantía se les otorgaría y serían deportados á Martinica, colonia francesa en las Indias Occidentales.

El General Mendoza regresó á informar del resultado de su misión; y en la noche de ese mismo día, el General Ortega reunió de nuevo un consejo de guerra en el cual estuvieron presentes, además de los que estuvieron en el anterior, los Generales Díaz é Hinojosa.

Después que la reunión fué informada del resultado de las negociaciones llevadas á cabo por el General Mendoza, el consejo comenzó á discutir qué decisión se debía tomar. Los Generales Berriozábal, Díaz é Hinojosa eran de opinión que sería mejor pa-

ra el ejército del Este intentar romper las líneas francesas que rendirse á discreción. Los dos primeros, sin embargo, fueron finalmente convencidos á la opinión del comandante en jefe; pero Hinojosa no se convencía, y sostenía que se debía hacer una tentativa final contra los franceses. La discusión se prolongó hasta la una de la mañana.

De conformidad con la decisión del consejo de guerra, el General González Ortega envió á Forey en la mañana del 17 de Mayo una comunicación, informándole que, debido á la falta de provisiones y municiones de guerra, le era imposible sostener la ciudad por más tiempo, y que había desbandado su ejército y destruído sus armas y municiones, incluyendo toda la artillería; y que el lugar estaba á la disposición de los franceses para el momento que quisieran ocuparlo. Al mismo tiempo, insinuó al General victorioso de hacer todos los arreglos que le parecieran convenientes, á efecto de evitar una entrada violenta en la ciudad; pues no había ya motivo para justificar tal procedimiento.

Entre tanto, las órdenes del comandante en jefe de las fuerzas dentro de los muros de Puebla, eran cumplimentadas en lo que se refiere á la destrucción de las municiones de guerra.

Inmediatamente después de terminado el último consejo que se prolongó hasta las pequeñas horas de la mañana del 17 de Mayo, se enviaron órdenes al departamento de artillería de destruir todas las armas y municiones que habían en la ciudad. El General Troncoso describe así la escena que por este motivo tuvo lugar:

“Entre una y una y media de la mañana, recibimos orden de los jefes de artillería de presentarnos inmediatamente al General Paz, que se hallaba en Santa Clara. Fuimos en el acto, y allí, después de habernos explicado claramente, y en pocas palabras, la situación de la plaza y lo acordado en junta de Generales, nos comunicó la orden siguiente: De las cuatro y media á cinco de la mañana, romperíamos todos los ca-



GENERAL PEDRO HINOJOSA.

ñones y montajes, y quemaríamos ó inutilizaríamos las municiones que nos quedaban; el personal de las baterías de artilleros serían disueltos y todos los jefes y oficiales iríamos al atrio de Catedral donde nos constituiríamos prisioneros. Nos dijo que la orden se comunicaba en esos momentos á todas las divisiones para que rompieran igualmente sus armas á la misma hora, y se disolvieran, etc. En seguida se procedió á la entrega de cuñas, piolas largas, mechas y cuanto era necesario para romper los cañones, haciendo el General Paz una explicación para facilitar la rotura de éstos.

“A los jefes que no pudieron ocurrir, porque no se podían separar de sus puestos, se les mandaron comunicar las órdenes y se les enviaron los útiles. El General aparentaba serenidad; pero había momentos en que la emoción no lo dejaba hablar.

“Imposible describir estos actos; todos guardábamos silencio. Cuando acabó de hablar el General y que se entregaron los útiles, expresamos nuestras opiniones en pocas palabras. Sin excepción conveníamos en que no se podía continuar la defensa y estábamos ya vencidos por la falta absoluta de víveres y municiones y la ninguna esperanza de que nos entrara á la plaza algún convoy.

“Yo fuí á la Merced donde tenía una batería. Eran cerca de las tres de la mañana. A mis oficiales, lo mismo que á los de las calles de la línea les comuniqué las órdenes y les dí instrucciones.

“La rendición es un acto de valor. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? La rotura del sitio la veía yo imposible; la continuación de la defensa, imposible también; nuestros hospitales llenos de heridos y enfermos sin tener ya alimentos ni medicinas que darles; el enemigo en vísperas de darnos un asalto tremendo que podría proporcionarles la toma de la plaza por causa de nuestra carencia absoluta de municiones; veía ya á nuestros soldados, y aun á algunos oficiales, extenuados, muchos de ellos macilentos por el hambre y la fatiga, y con el vestido hecho pedazos. Con-

servábamos, sí, gran dosis de moral para obedecer y sufrir, pues jamás se oyó una sola queja, ni nadie se resistió un momento á batirse en ninguna circunstancia; pero ésto era un esfuerzo heroico de patriotismo, de disciplina, de dignidad y de amor propio, y aunque nadie se quejaba, sin embargo, en las conversaciones íntimas entre jefes y oficiales, se notaba ya el decaimiento para continuar la lucha, y es seguro que entre la tropa pasaba lo mismo.

“Poco después de las cuatro y media de la mañana se oyó una fuerte detonación en el fuerte de Loreto. Parece que, sin avisarnos, todos habíamos escogido esa hora. Las detonaciones se suceden. Amanece, y el cuadro que se nos presenta no puede ser más desolador. Soldados rompiendo sus armas; oficiales destruyendo las que habían quedado enteras, pues muchos soldados, en el momento en que se comenzó á romperlas, las arrojaron y escaparon; las calles llenas de soldados que se quitaban el uniforme; la población azorada y asomándose á los balcones y ventanas. En algunos fuertes, según la orden recibida, ondeaban banderas blancas.

“El enemigo, sorprendido de lo que oía y veía, tomó las armas y se puso en estado de rechazar una salida desesperada; pero, comprendiendo luego lo que pasaba, comenzó á salir poco á poco de sus obras, presenciando admirado nuestra decisión; los franceses que estaban solamente separados de nosotros por el ancho de la calle, salían á ella y se acercaban poco á poco con gran precaución, ocupando nuestras manzanas; otros, por las calles, avanzaban siguiéndonos paso á paso á distancia de ochenta ó cien pasos, á medida que íbamos rumbo al centro, haciendo alto luego que nos alejábamos de nuestros parapetos y puntos fuertes; los que estaban frente á nuestros fuertes, salían de sus trincheras y contemplaban silenciosos el espectáculo.

“Yo rompí mis cañones en la Merced y calles cercanas y me dirigí á la plaza rodeando por San Agustín. Al pasar por la bocacalle de Peñas, ví al Tenien-



GENERAL ANTILLÓN.

te Coronel Luis Terán, que con tres oficiales y dos sargentos, estaba rompiendo fusiles. Como es de grande estatura y fuerte, los tomaba de á dos ó tres y los rompía contra la banquetta. Le dije que era preciso retirarse, pues los franceses habían ocupado San Agustín y estaban en el principio de la calle.

“Nos dirigimos á la plaza y encontramos á los Generales, jefes y oficiales, que ya habían llegado; estaban unos en grandes grupos frente al atrio de Catedral, otros en el Obispado (casa de la esquina), que ocupó, durante el sitio, el cuartel general. Allí nos buscábamos los amigos y formábamos pequeños grupos, comunicámonos lo que á cada cual había ocurrido.

“Yo busqué en el acto al General Paz, y le dí parte de lo que hice y de lo que ví respecto á la rotura de armas. Con el General estaban casi todos los jefes de artillería, que también habían ido á darle parte. El resultado ha sido, según parece, que apenas un poco más de la mitad de los cañones es la que ha sido destruída. Después supimos que fueron ochenta y nueve. Esto no ha consistido en el poco tiempo disponible; sino en que muchos cañones no estallaban con la primera cargada, y en que gran número de los soldados artilleros recibieron con enojo la orden de romper las piezas y lo hacían de mala gana. Sin embargo, la mayor parte de la poca pólvora que existía, fué quemada ó inutilizada, grande el número de cañones destruídos.”

Con fecha 19 de Mayo dice el mismo autor en su diario:

“El General Porfirio Díaz ha venido á vernos, custodiado por un oficial francés. Le hemos hecho un recibimiento entusiasta y espléndido. Con vivas repetidos le hemos acompañado hasta la puerta. Es el único General que nos ha visitado, lo cual ha hecho subir en un ciento por ciento la simpatía que por él teníamos.”

El 18 por la mañana recibió el General González Ortega por conducto de un jefe francés, y por manda-

to expreso del General Forey, unos pliegos con breve impreso y manuscrito el contenido de ellos. Hé aquí su texto:

“Corps expeditionaire du Mexique.—Etat Major Général.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra palabra de honor, á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, á no mezclarnos en nada por escrito ó por actos en los hechos de la guerra ó de política, por todo el tiempo que permanecemos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.”

A este documento respondieron los Generales mexicanos con el siguiente:

“Los Generales prisioneros que subscriben, pertenecientes al Ejército Mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se lo prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.—*Jesús González Ortega, Francisco Paz, Felipe Berriozábal, Florencio Antillón, Francisco Alatorre, Ignacio de la Llave, Alejandro García, Epitacio Huerta, José M. Patoni, Joaquín Colombres, Domingo Galloso, Antonio Osorio, Eutimio Pinzón, Francisco de la Madrid, Porfirio Díaz, Luciano Prieto, J. B. Caamaño, Mariano Escobedo, Manuel Sánchez, Pedro Rioseco, Manuel González Cosío, Miguel Auza, Jesús Loera.*”

Hablando de este asunto, dice el General Díaz:

“Al rehusarme á firmar el acto me consideré con el derecho de evadirme si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas las precauciones al grado de tener apostado un centinela en la puerta de los cuartos donde dormíamos.

“Así, pues, el 21 de Marzo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, estando en la prisión, me quité mi uniforme; bajé resueltamente la escalera en-



GENERAL ALEJANDRO GARCIA.

vuelto en un plaid. Al llegar al zaguán me encontré con que el comandante de la guardia, que estaba allí en pie, era el Capitán Galland del 30 de Zuavos que, habiendo sido prisionero nuestro, había hecho conmigo alguna amistad. No le dirigí la palabra, sino que simplemente lo saludé y salí para la calle sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió á ver si estaba con mis compañeros. Tuve muchas dificultades en mi tránsito. Un amigo me llevó á su casa en que se había refugiado el General Berriozábal.

“Caminamos toda la noche á caballo por los montes, á fin de evitar el camino real y nos perdimos de tal modo, que al amanecer del día siguiente, nos encontramos otra vez frente á Puebla, oyendo los alertas de los centinelas que estaban á orillas de la ciudad.

“Nos dirigimos á la Hacienda de Techalote, y perseguidos de cerca, pues el cura de un pueblo donde nos detuvimos, dió aviso de nuestros pasos, llegamos á Apam en donde encontramos una fuerza de caballería que protegió nuestro arribo á la capital.”

El sitio de Puebla terminó con la capitulación oficial de la ciudad el 17 de Mayo de 1863, y los franceses tomaron posesión de ella inmediatamente; pero no fué sino hasta dos días después cuando el comandante francés hizo su entrada triunfal á la ciudad de Zaragoza.

El sitio de Puebla es uno de los acontecimientos más notables de la historia de México. Nunca estuvo el lugar en posición de poder sostener una lucha prolongada; tenía, cuando comenzó el sitio, provisiones para no más de un mes y medio, y las municiones de guerra bastaban apenas para un período pocos días más largo. En la mayoría de los casos las tropas tenían que protegerse detrás de trabajos de tierra, diques de barro apresuradamente contruidos y de los muros de los edificios viejos, los cuales eran fácilmente destruidos por la artillería moderna de los franceses. Y sin embargo, el sitio duró dos meses,

de los cuales tres semanas la guarnición estuvo á media ración y el parque tenía que ser usado con mucha economía. Cuando llegó el día en que no quedaba otra cosa que rendirse, los víveres se habían ya acabado, y apenas quedaba en los almacenes del ejército suficiente pólvora para destruir los cañones y pequeñas armas de los sitiados.

Todo el frente de la ciudad que da al oeste y al sur había sido derruido, y los defensores vivían en las mismas trincheras ó en las ruinas de los edificios antiguos de piedra, que les servían al mismo tiempo de murallas para librarse de las balas del enemigo, que con frecuencia lo tenían en algunos puntos al otro lado de la calle. Durante 62 días granadas y balas llovieron casi continuamente sobre la ciudad, en la cual no había un sólo barrio que no mostrara señales del terrible bombardeo. Y sin embargo, cuando llegó el tiempo de rendirse, hubo aún generales en el consejo de guerra que votaron por hacer un esfuerzo desesperado intentando romper camino á través de las líneas francesas; y con toda probabilidad, solamente el estado de debilidad en que se encontraba el ejército y la falta de municiones, impidió que se intentara seguir ese camino. Para México, la defensa de Puebla contra los franceses el año de 1863 está llena de mayor gloria, que la victoria del Cinco de Mayo del año que acababa de pasar.

Pero la pérdida de Puebla costó cara al partido liberal; pues abrió á sus enemigos un camino sin dificultades á la capital, y obligó á Juárez y á su gobierno á ponerse en fuga, lo que tuvieron que hacer el último día del mismo mes. El presidente liberal, su gabinete y lo que quedaba del ejército se dirigieron á Querétaro. En el camino hubo disensiones en el gabinete y también muchos de los soldados desertaron y varios de los oficiales se pasaron á los franceses. De Querétaro, el errante presidente se fué á San Luis Potosí. Y á todo esto, el General Díaz y varios otros oficiales que habían logrado escapar de Puebla, se habían unido á él. Fué durante esta peregrinación

cuando Porfirio Díaz fué nombrado comandante en jefe del ejército del centro, posición que ocupó por corto tiempo, siendo sucedido por el General Ignacio Comonfort; pues Juárez, viendo que había poca esperanza de resistir las fuerzas francesas en las altiplanicies del centro, concibió el plan de enviar al General Díaz á Oaxaca, donde tendría más oportunidad de levantar cabeza ante el triunfante ejército francés. Y así, Porfirio partió hacia el sur, á sus antiguos campos de lucha y á la escena de sus primeros triunfos; y ahí estaba destinado á ganarse los más insignes laureles, en su triple misión de jefe militar, organizador y caudillo de los grandes ideales.